

## Reseñas

George Philip, *The Political Economy of International Oil*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1994, 220 pp.

El análisis histórico de la importancia del petróleo en el ámbito internacional desde la perspectiva de la economía política hace de *The Political Economy of International Oil* una lectura valiosa para los estudiosos de las relaciones internacionales en general. En efecto, se trata de una obra no sólo informativa en cuanto a cuestiones de petróleo específicamente, sino también ilustrativa respecto de algunas dinámicas de las relaciones políticas y económicas internacionales, y desde luego, de su interacción. El libro de George Philip abarca temas tan importantes como el imperialismo, la división Norte-Sur, la distinción entre las racionalidades económica y política, el liberalismo como una forma de proyección internacional y los problemas del desarrollo, entre otros.

Respecto del petróleo, Philip presenta un resumen claro de la creciente importancia y las diversas funciones de éste desde fines del siglo XIX para explicar su lugar determinante en el mundo de la posguerra, especialmente hacia el decenio de los setenta y durante los ochenta. Indudablemente, al concluir el libro el lector cuenta con una visión amplia del desarrollo de la industria desde el inicio de la explotación del petróleo, este último visto como un simple bien comercial o valorado como un bien estratégico y político. Resalta obviamente la relación entre empresas transnacionales y gobiernos locales, como eje de tal desarrollo histórico.

El principal objetivo del libro, de acuerdo con su autor, es contestar una pregunta aparentemente simple. Al considerar los países más poblados de la OPEP, Philip intenta explicar por qué los ingresos por exportación petrolera no llevaron –o no han llevado– al desarrollo o a una mejoría sustancial de los niveles de vida de la población de esos países. En otras palabras, ¿por qué, a pesar de las bonanzas petroleras y de las expectativas de riqueza que éstas crearon, el impacto económico del ingreso petrolero en esos países no se tradujo en un impulso hacia el desarrollo económico-social? Así, Philip comienza a analizar una serie de argumentos comunes en cuanto a la relación entre petróleo y desarrollo, sin negar, en ningún momento, que la exportación del petróleo haya tenido algún tipo de repercusión en las economías de los países subdesarrollados en estudio.

Algunos de los argumentos propuestos por Philip para entender la falta de correspondencia entre ingreso petrolero y desarrollo se refieren a la carencia de una buena planeación económica y, consecuentemente, a decisiones erróneas en cuanto a proyectos de inversión, a deficiencias en los sistemas de administración pública y a la existencia de altos niveles de corrupción. En particular, el lector conoce los casos de Venezuela, Arabia Saudita, Nigeria, Indonesia e Irán. Algunos otros se mencionan muy brevemente como ejemplos de políticas o casos específicos. No puede negarse el valor de aseveraciones como la de que el desarrollo va más allá de la mera posesión de dinero (p. 204), o de que aquellos países exportadores de petróleo que mejor salvaron las dificultades de los ochenta fueron los que emprendieron una reestructuración económica destinada precisamente a reducir la dependencia de dichas exportaciones (pp.11-12). En este sentido, sin embargo, el estudio parece perder un poco de riqueza cuando se exponen frecuentemente ciertas cuestiones que no son analizadas en detalle. Es decir, una comparación más amplia, sistemática y consistente entre países exportadores de petróleo que sí han logrado cierto desarrollo y aquellos que no lo han conseguido, con o sin el ingreso petrolero, podría haber contribuido en forma concluyente a encontrar el lugar preciso del ingreso petrolero en el proceso de desarrollo. Tal comparación podría haber borrado la impresión que en momentos se tiene de que, finalmente, el petróleo pierde sus particularidades como bien comercial, estratégico y político, y puede compararse con cualquier otro recurso natural altamente valorado en la economía internacional bajo diferentes circunstancias. Así, no habría incluso por qué identificar el petróleo especialmente como posible motor del desarrollo. Esto no invalida, de ninguna manera, la trascendencia de los estudios de caso aunque resulten breves dada de la extensión total de la obra.

Al parecer, y no obstante la pregunta inicial, la inquietud central de Philip es la de desmitificar la idea común de que han sido las actitudes imperialistas de los gobiernos de Estados Unidos y el Reino Unido principalmente, por medio de sus compañías transnacionales, las que más han limitado las posibilidades de desarrollo de los países exportadores de petróleo. Ciertamente, el argumento en contra de la explotación de las compañías transnacionales apoyadas por sus respectivos gobiernos como principal obstáculo para el desarrollo es constante a lo largo del libro. Philip concluye fácilmente que el fracaso de los países subdesarrollados en traducir la producción de petróleo en un desarrollo económico exitoso ha tenido poco que ver con la explotación transnacional o imperialista. Aunque dicha explotación tuvo lugar hasta antes de los años cincuenta, a partir de entonces los gobiernos de los países productores han sido capaces de alterar los términos en su favor progresivamente (p. 203).<sup>1</sup> Esto no quiere decir, sin embargo, que las compañías petroleras o los países desarrollados en general no hayan influido negativamente en los procesos de desarrollo de los países exportadores de petróleo bajo conside-

<sup>1</sup> En este sentido, el gobierno de Londres tuvo una actitud más "imperialista" que el de Washington, p. 205.

ración. El primer mundo, a decir de Philip, contribuyó a que los países exportadores de petróleo tomaran decisiones de política económica equivocadas durante épocas de bonanza al impulsarlos a gastar rápidamente más que sabiamente (p. 192).

El énfasis puesto en el tema del imperialismo no oscurece en absoluto las aportaciones del libro de George Philip a la discusión acerca del desarrollo de los países exportadores de petróleo. Como se ha dicho, al ser un estudio de economía política, encuentra numerosas conexiones importantes entre el mundo de la política y de la economía. La riqueza de las fuentes consultadas hace de *The Political Economy of International Oil* una investigación seria y pertinente para quienes se interesan por el petróleo como tal y por la compleja relación norte-sur en términos del problema del desarrollo económico-social.

ANA COVARRUBIAS VELASCO

Juan Carlos Boué, *Venezuela, The Political Economy of Oil*, Oxford, Oxford Institute for Energy Studies, 1993, 226 pp., más índice onomástico.

La monografía de Boué sobre Venezuela inaugura una serie de trabajos editados por el Oxford Institute for Energy Studies sobre "la economía política de los principales países exportadores de petróleo". En concordancia con el título general, el objetivo de estos análisis es describir los rasgos principales de la industria petrolera de cada una de dichas naciones. El éxito de una colección de semejantes características es previsible; el anticipo que ofrece el volumen de Boué es ya suficiente garantía.

No es posible escatimar la importancia del petróleo venezolano en el comercio internacional de este mineral. La historia petrolera de Venezuela es tan larga y escabrosa como la del productor más antiguo y menos venerable. Sin ir más lejos, Boué introduce su estudio con una descripción sucinta de los usos añejos —verdaderos y ficticios— del petróleo. Las crónicas coloniales son especialmente prolifas en reseñar cualidades improbables del "azeite petrolio". Juana la Loca, por ejemplo, quizás bajo la influencia de algunos cronistas que lo tenían por excelente licor y remedio imprescindible para la gota, lo consideraba un elixir de propiedades milagrosas.

Anécdotas similares a ésta aligeran un texto que de otra forma sería poco ameno para el lego. El análisis, empero, cumple con todos los requisitos de un esfuerzo intelectual serio y riguroso por comprender las peculiaridades de la industria petrolera venezolana; Boué, además, explica de manera clara y directa aquellos tecnicismos que hacen críptico el lenguaje de los analistas petroleros. La disposición del argumento permite distinguir las secciones dedicadas a la descripción de la industria, tanto en el segmento de exploración y explotación (*upstream*) como en el de refinación y distribución (*downstream*), de

aquellos apartados más generales que exponen las importancias presente y futura del petróleo en la economía venezolana.

La historia petrolera de Venezuela recuerda acontecimientos de la de otros países exportadores. Al comenzar la explotación de su petróleo en cantidades significativas, Venezuela presentaba una economía poco diversificada, orientada a la exportación de materias primas. Su organización política no era más moderna —los dictadores Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez dominaron la escena interna hasta mediados del siglo xx— pero aseguraba la estabilidad requerida por los inversionistas extranjeros que explotaban el petróleo venezolano. Este recurso natural desempeñó una doble función en los desarrollos económico y político de Venezuela. Por una parte, exacerbó algunas de las tendencias funestas del rumbo económico de la nación, manteniéndola en el estado de exportador de un solo producto cuyas ganancias hacían innecesaria la diversificación comercial. Por la otra, multiplicó los ingresos del Estado venezolano que, después del decenio de los años cincuenta, adoptó un papel activo en la promoción del desarrollo mediante la estrategia de sustitución de importaciones.

En el decenio de los años sesenta, la acción estatal en materia de promoción del desarrollo requirió mayor grado de control sobre la industria petrolera, dominada principalmente por Shell, Gulf y la Standard Oil de Nueva Jersey. Aunque este fenómeno se observó también en otros países exportadores, Venezuela encabezó esta nueva ola de nacionalismo económico en el mundo, de suerte que en 1960 promovió decididamente la creación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo. Los gobiernos posdictatoriales de Venezuela revisaron las concesiones para la explotación que se habían hecho a las compañías petroleras multinacionales. Así, la intervención del Estado en la industria avanzó gradualmente, a diferencia de lo que ocurrió en México en 1938, pero en concordancia con lo que sucedía en los países árabes exportadores de petróleo en los años sesenta. Primero se exigieron mayores regalías, después más control sobre las actividades de refinación y distribución, más adelante se reclamó mando absoluto sobre el precio de venta. En 1973, se otorgó a la Corporación Venezolana de Petróleo (CVP), la compañía estatal, el dominio del mercado interno de productos derivados. Esta tendencia culminó en 1976 con la nacionalización de la industria petrolera.

En este último año se creó Petróleos de Venezuela, S. A. (PVSA), la compañía paraestatal que sustituyó a CVP. La organización corporativa de PVSA presenta muchas particularidades. En términos generales, se puede decir que su relación con el gobierno venezolano se encuentra en un punto intermedio entre el franco dominio que caracteriza a Pemex respecto del gobierno mexicano y la más libre asociación que hay entre el gobierno inglés y British Petroleum. Otra peculiaridad es el carácter coordinador de PVSA. Bajo el techo institucional de esta compañía cohabitan tres empresas (Corpoven, Lagoven y Maraven) completamente integradas y cuya relación corporativa es más de competencia que de cooperación. PVSA unifica la acción de estas compañías en el exterior y revierte cualquier tendencia hacia la concentración monopólica

en manos de una de ellas. La competencia interna, sin embargo, no parece ser necesaria: las tres compañías comercian, con marcas diferentes, los mismos productos a los mismos precios.

La descripción de la industria petrolera venezolana, amén de vasta y exacta, adquiere relevancia particular por el hecho de presentar datos actualizados sobre producción, reservas, organización corporativa, hallazgos geológicos y adelantos técnicos que el autor obtuvo de fuentes del Ministerio de Energía y Minas venezolano y de publicaciones estadounidenses e inglesas. El éxito de Venezuela en la comercialización de su petróleo es evidente al revisar estos datos y al considerar que los yacimientos venezolanos contienen algunas de las variedades más pesadas de crudo en el mundo. Este solo hecho ha determinado buena parte de la organización de la industria petrolera venezolana, sobre todo en el área de refinación. También ha determinado el éxito del hallazgo tecnológico más reciente y sorprendente en el mercado mundial de petróleo: la creación del orimulsión, el combustible líquido derivado de uno de los crudos más pesados de Venezuela que, de encontrar vías óptimas de comercialización en el mundo, permitirá la explotación de los enormes depósitos de la cuenca del Orinoco (las reservas de estos yacimientos son potencialmente superiores a las reservas del golfo Pérsico).

Boué ha hecho una excelente labor de recopilación en torno de las empresas foráneas de PVSA. Quizás encuentra en la integración internacional de Venezuela demasiados motivos de originalidad; no deja de reconocer, sin embargo, que la adquisición por parte de Venezuela de infraestructura de refinación en el extranjero es un fenómeno que dista de ser único. La labor más importante del autor es cuestionar la utilidad de esta estrategia corporativa. Según Boué, los mismos objetivos que guían la integración internacional —la búsqueda de mayores ingresos, la estabilidad de las ganancias, la obtención de canales seguros para la distribución del crudo venezolano y un mayor control sobre los precios de sus derivados— pueden obtenerse mediante mecanismos menos costosos, como la suscripción de contratos *netback* o la venta de volúmenes sustanciales de crudo en el mercado de futuros. La única razón que puede explicar la insistencia venezolana en la compra de activos en el exterior es la pésima experiencia que supuso el sistema de cuotas de importación en Estados Unidos, principal mercado para el petróleo venezolano, entre 1956 y 1973. En caso de que se instaurara una nueva cuota, PVSA contaría con refinadoras dentro del territorio estadounidense que burlarían esta disposición.

Este tipo de interpretaciones se extrañan en el trabajo de Boué, que ha preferido la descripción detallada al análisis más amplio de opciones de organización para la industria petrolera venezolana. Con todo, en el estudio se vislumbran opiniones del autor sobre uno de los focos rojos de la economía del petróleo, a saber, la inversión extranjera en recursos naturales. Al referirse a la posibilidad de que el gobierno venezolano vuelva a garantizar la propiedad extranjera de recursos del subsuelo con el fin de fomentar la explotación del gas natural, dice:

Esta ruptura radical con el dogma que guió la política petrolera durante el periodo 1976-1990 (rehusar cualquier tipo de recursos petroleros al capital foráneo) es resultado del reconocimiento, por parte de PVSA y del gobierno, de la sencilla verdad de que, sin la introducción de capital, tecnología y especialización extranjeros, la industria nacional será incapaz de llevar a buen fin cualquier proyecto de este tamaño y complejidad (p. 105).

Fuera de ésta y algunas otras someras referencias al problema de la inversión extranjera directa en este sector de la industria venezolana, Boué evita tomar postura definitiva en torno de este tema. Es de lamentar que un estudio informado e inteligente sobre la economía política del petróleo en Venezuela no concluya con un argumento claro favorable o contrario a la apertura a la inversión extranjera. Esta toma de partido se echa de menos cuando parece inevitable que algunos países productores abran su industria a la inversión extranjera. Esta observación, sin embargo, es la única que se puede hacer a un trabajo por lo demás irreprochable.

GUILLERMO ROSAS